

JAMES CRUMLEY

El pato mexicano

UN CASO DE SUGHRUE



El detective C. W. Sughrue se lanza en busca de una mujer desaparecida, Sarita Cisneros, esposa mexicana de un político tejano. Ni el FBI, ni su bien conectado marido, ni unos traficantes de cocaína sudamericanos interesados en dar con ella han logrado localizarla. Y en esa búsqueda que se convierte en un enloquecido periplo repleto de sexo y tiros, lo acompañará una andrajosa pandilla de veteranos de la guerra de Vietnam y una hermosa agente encubierta entre otros singulares compañeros de viaje. Sughrue se verá arrastrado a una aventura repleta de bandas rivales de traficantes, corrupción política, vicio, traiciones, intereses petrolíferos...

PARA MARTHA ELIZABETH

Agradecimientos

Deseo darle las gracias a Owen Laster, mi agente desde hace muchos años, por seguir a mi lado, y a Otto Penzler por darme una oportunidad. Y gracias a los tipos que tienen las historias y la actitud: Kent Anderson, Mike Koepf, Andy Fishback, Mike «Megamind» Norton, Robert Applegate y Louis Davis.

No llamó nadie, no entró nadie, no pasó nada,
a nadie le importaba que me muriera o me fue-
ra a El Paso.

Philip Marlowe, *La ventana alta*
de RAYMOND CHANDLER

PRIMERA PARTE

Cuando el mercancías directo a Spokane de las 3:12 llegó al cruce de East Meriwether, el maquinista hizo sonar su silbato, y soltó un sollozo largo y doliente al aire húmedo y nivoso de nuestra segunda temprana ventisca otoñal en el oeste de Montana. Sonó muy parecido a la primera nota de una balada de Hank Snow. Retiré el carrito de debajo de la gramola y la enchufé al alargador. Cuando eché un cuarto de dólar en la ranura, la gran máquina soltó un eructo, los burbujeantes tubos de neón brillaron suavemente en la noche, y el aparato pareció asentarse con mayor firmeza sobre las vías del tren.

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces, Sughrue?
—preguntó el abogado Rainbolt, agachado junto a la carretera.

—Oye, tío, no sé quién es este supuesto rocanrolero, y ni siquiera me importa gran cosa que cante como una chica —afirmé—, pero yo le he estrechado la mano a Hank Snow, por Dios bendito. —Señalé con la botella empezada de tequila Herradura, por encima del espacio vacío del aparcamiento, hacia la parte de atrás del bar y licorería Infierno Rugiente—. Justo ahí mismo, y no hay derecho a que lo quiten de la gramola.

Solly me quitó la botella de tequila, le pegó un trago, me la devolvió, y se echó un pequeño pero peligroso montoncito de metanfetamina en la palma de una mano llena de cicatrices. Alzó la vista sonriendo, mientras unos enormes copos de nieve se derretían en su pelo rubio revuelto.

—¿Y quién es este? —preguntó Solly—. A mí todos esos cantantes de *country & western* me parecen tías.

Gilipollas.

A Solly le hacía mucha gracia, sonreía como el gato que se había tirado al canario antes de comérselo. Que les den a los abogados divertidos.

—Hagámoslo antes de que se la lleve el viento —sugirió.

Para mí es cuestión de principios no discutir nunca con un abogado especializado en estupefacientes: tienen buenos argumentos y las mejores drogas.

Así pues, nos arrodillamos mientras la locomotora salía de la larga curva al pie de la Giba del Demonio, con su brillante faro delantero como un latigazo a través de la maldita noche nevada; nos arrodillamos y aspiramos la metanfetamina de la cicatriz circular de la palma de Solly. Me puse de pie, vacilante, salí a las vías y pulsé la selección P-17. Solly cojeó a través del aparcamiento hacia la parte trasera del bar, envuelta en sombras, mientras el maquinista hacía sonar su pesada nota una vez más.

La primera vez que vi a Solomon Rainbolt estaba muerto. O eso pensamos. El búnker de mando del campamento base había encajado por lo menos tres impactos directos de granadas autopropulsadas y, después de permanecer cuarenta y ocho horas bajo la lluvia de los monzones, no éramos capaces de distinguir los cuerpos de los sacos terreros. Cuando uno de los bultos embarrados abrió un par de ojos ribeteados de rojo y sonrió, salvajemente y con una dentadura blanca, uno de mis novatos se cagó en los pantalones y vació el cargador de su fusil de asalto M-16 en el nublado cielo vietnamita antes de que Willie Williams pudiese agarrarlo. El bulto se convirtió en una cabeza y se incorporó sonriendo.

—Oiga, sargento —dijo con un profundo acento sureño — ¿dónde cojones se habían metido?

—Lo siento, señor —respondí—, pero la lluvia nos ha retrasado... —Yo estaba al mando del pelotón de avanzada de una patrulla de la compañía después de una misión de cuatro días en el corazón oscuro de las tierras altas centrales. Nuestros helicópteros no habían podido despegar por el monzón, y el regimiento nos había dado caña para que llegásemos cuanto antes a la posición del Ejército de la República de Vietnam, que había sido desbordada por el enemigo; no para buscar supervivientes, sino para recuperar del puesto de mando la caja fuerte con los códigos. Solly era la prima con la que nadie había contado—. Y nadie sabía que usted estaba esperando.

Solly sacudió la cabeza, como si volver de entre los muertos no hubiese resultado muy agradable, y luego se despegó con dificultad del barro pegajoso, echando a un lado el cadáver del mercenario rade que yacía encima de sus piernas, e irguió su delgado cuerpo. Alzó la mano izquierda y cerró el puño. Incluso en el fragor de la lluvia pude oír cómo le crujían los huesos. Un meandro de sangre fluyó entre sus dedos cerrados llenos de barro y se escurrió por su gruesa muñeca.

—Capitán Solomon Rainbolt —dijo mirándonos—, de camino hacia el mundo libre. —Volvió la vista hacia lo que quedaba de su mando asesor. Solo él había sobrevivido, haciéndose el muerto a la perfección. De repente, Solly se echó a reír a estruendosas carcajadas bajo la lluvia martilleante, volvió a apretar el puño y gritó—: ¡Muchachos, ya podéis prenderme el puto Corazón Púrpura en el culo y mandarme a casa!

Sin embargo, se lo prendieron en el pecho. Y también algunas baratijas de mierda. Pero allí se dejó gran parte de la pierna izquierda, flotando en un arrozal, y tardó mucho tiempo en poder regresar al mundo libre. Cumplió otros seis meses de servicio con los marines y luego otro largo período con el Ejército de Vietnam del Sur como uno de

esos espectrales tipos duros de uniforme atigrado, fusil de asalto sueco y ojos infernales.

Y al fin volvió a casa. Sin embargo, no a Athens, Georgia, donde su madre enseñaba Química y su padre Derecho, sino a California, a estudiar Derecho en Boalt, en Berkeley, donde siguió ganando por la mano y apuntando nombres, como había hecho durante la guerra, una satisfacción que se siguió permitiendo como fiscal federal y luego como abogado en ejercicio en San Francisco, en cuanto colgó de la pared su piel de cordero y el resto de sus barajas militares.

En aquel entonces, también yo estaba jodido y de vuelta en las duras calles de casa, ocupado con mis propios problemas, por lo que nuestros caminos no volvieron a cruzarse en mucho tiempo. En un momento dado, yo le había seguido la pista a una esposa fugitiva desde Wichita hasta San Francisco, donde di con ella entre lo que quedaba de los últimos *hippies*. Me quedé allí hasta el final de la era de paz y amor; me quedé hasta que el tramposo de Dick Nixon exhaló su último aliento político y dejó los años sesenta carentes de sentido.

El nombre de Solly apareció en la prensa, así que una tarde fui al tribunal a verlo en plena faena. Estaba defendiendo a un motero bastante famoso acusado de asesinato en primer grado. Solly era algo digno de ver: un héroe de guerra medio judío, medio paleta sureño, medio tullido. Un aficionado a los juicios me susurró que Solly era capaz de lograr que el jurado se comiera sus calzoncillos y convencerlo de que eran *fetuccini* Alfredo. Nunca perdió un solo caso de asesinato que llegara a juicio, y sus acuerdos de reducción de condena se estudiaban en todas las facultades de Derecho del país.

Me acerqué a la mesa de la defensa para saludarlo después de que el jurado hubo absuelto a su cliente, y pareció alegrarse de verme. Creímos que sería fácil remozar la amistad que habíamos iniciado durante la marcha por la

jungla, en la que sufrimos dos emboscadas y que nos llevó cuatro días salir de allí. Así que intercambiamos teléfonos y prometimos llamarnos. Pero me fui a Las Vegas, siguiendo el rastro de un desaparecido, y cuando volví, Solly se había esfumado de repente de la vida pública. Había rumores acerca de un divorcio complicado, un niño muerto, una exesposa desaparecida.

Solly apareció en Denver, donde se especializó en defender a los grandes traficantes de droga, tipos importantes de verdad. Parecía que le ponía hacerle la vida imposible a la DEA, la agencia federal de lucha contra la droga, y jodía al Gobierno con una desconcertante regularidad. Cuando dio por concluida la venganza que se había propuesto —no sé cuál, porque nunca hablamos de eso—, apagó los reactores y trasladó su bufete a Meriwether, Montana, una ciudad que hacía tiempo que yo llamaba mi casa, y retomamos la amistad que habíamos dejado en la jungla. Amigos de verdad, puede que incluso los mejores amigos; así que me prometí no trabajar nunca ni con él ni en su contra. Pareció estar de acuerdo. Por breve que hubiese sido nuestro encuentro en la jungla, los dos nos aferramos a la idea de que es mejor tener a un amigo que te guarde las espaldas cuando las cosas se ponen feas.

Y ese año las cosas se me pusieron muy feas. El negocio de las investigaciones privadas expiró con una ventisca durante la tercera semana de septiembre, que depositó casi medio metro de nieve húmeda y fría en Meriwether. La gente parecía ser capaz de divorciarse tan ricamente sin mi ayuda durante la época de frío y llovizna helada que siguieron a la ventisca. Los pocos comerciantes locales que podían tener intención de recobrar la posesión de bienes impagados decidieron fastidiar en persona a los morosos cercanos. De todos modos, yo no habría tenido tiempo de hacerlo.

El trabajo a tiempo parcial a cargo de la barra del bar y licorería del Infierno Rugiente que me mantenía con bas-

tante solvencia había degenerado en una faena de jornada completa, mientras los parroquianos se tambaleaban salvajemente hacia el gélido corazón del invierno. El propietario del Infierno Rugiente, Leonard el Taimado, un hombre cuyo corazón solo se alegraba con la música de la caja registradora, se enamoró de Betty la Tetas, la camarera de cócteles más guapa de todas las que tenía. Se fugaron a México antes de que el primer copo tocara el suelo. Dios sabe en qué pensaría Leonard. Tal vez pensó que su mujer, Betty la Libros, que de hecho los llevaba, a lo mejor no se daría cuenta de su ausencia. No tuvo esa suerte. Una semana después, Betty cogió la bolsa con la recaudación del fin de semana y se subió a un avión que la llevó a Fiyi, mientras farfullaba algo sobre «vengarse follando en el tercer mundo». Pero el caso es que a mí lo que me dijo a las claras fue: «Es todo tuyo, C. W. Bébetelo entero o préndele fuego; me importa una mierda».

No tuve tiempo de hacer ni una cosa ni otra. El personal, desabrido en el mejor de los casos, se encontró bajo mi supervisión. Cuando la Gran Linda cobró de menos por segunda vez en dos semanas consecutivas, reaccionó lanzando de una patada una bandeja cargada de bebidas contra la clientela de las cinco de la tarde. Una pobre mujer se quejó de los destrozos causados a su blusa de seda, y la Gran Linda le sacudió tan fuerte que la dejó bailando la samba. La Gran Linda se despidió sobre la marcha, y al día siguiente se mudó a Tucson para convertirse en luchadora de barro profesional. En Meriwether, todo el barro estaba helado. La Pequeña Linda la siguió al poco tiempo, cargando a sus tres críos y dos televisores rotos, fruto de cuatro matrimonios, en su vieja ranchera Falcon, con un gran letrero que ponía «nieve» pintado en el parabrisas trasero. Su intención era dirigirse hacia el sur hasta que alguien le preguntara qué era eso de la nieve. Y entonces llegó el golpe más cruel de todos: mi mejor camarera, la más experimentada y de fiar, la Linda Original, volvió a enamorarse de su

segundo marido cuando salió en libertad de la prisión de Deer Lodge. Se casaron otra vez, se apuntaron a Alcohólicos Anónimos, y Linda abandonó el trabajo.

Los bares pueden ser sitios agradables y cómodos, verdaderos hogares lejos de la soledad o confusión del hogar, pero nadie, ni siquiera el borracho degenerado más confirmado, puede pasarse ochenta o noventa horas a la semana metido en un bar. Los cambios en el personal eran tan frecuentes que acabé por contratar a una mujer tan borracha que se le había olvidado que la había despedido la semana anterior. No sé qué excusa tendría yo. Algo que ver con mi nariz, sospecho. Por lo que a mí se refería, el sol era algo que sucedía en otro país. No me importaba que saliera. Así que solo lo hizo para llevarme la contraria.

El primer día, la nieve se derritió como el azúcar bajo una lluvia dorada. La tarde del segundo día, no quedaba nada, y yo había abrumado a mis escasos clientes con copas gratis hasta que se quedaron sentados y en silencio, atontados por los rayos planos del sol amenazador que entraban a raudales por la puerta principal del Infierno Rugiente, una luz otoñal viva y llena de esperanza y gloria. Puse diez veces cada canción de Hank Snow de la gramola. Dos de mis clientes semimóviles —un maderero independiente a destajo con la pierna rota y una vendedora inmobiliaria con un brazo roto— habían caído bajo el embrujo de esa áspera voz romántica; bailaban con torpe gracia alrededor de la mesa de billar. Hasta yo habría bailado.

Hace mil años, la primera vez que vine a Meriwether, la primera vez que puse los pies en el Infierno Rugiente, cuando los años sesenta se convertían, con retraso como siempre y moribundos, en los setenta, encontré esa misma suave luz otoñal llenando la mágica comodidad vespertina del bar. Me acomodé en el taburete junto al pobre pringado que llevaba persiguiendo seis meses. Tenía un aspecto tan lamentable que casi me marché, pero, copa en mano, giré

en el taburete y me detuve en esa luz, ese silencio repleto de sol.

Ni siquiera recuerdo su nombre. Solo era un desgraciado de Redwood City, California, un hombre pálido y arrugado, un antiguo farmacéutico, un infeliz casado con una mujer dura por la poco favorecedora grasa y un albañal por boca. El farmacéutico tal vez leyese los libros que no debía, o viese los programas de televisión equivocados, a saber; el caso es que acabó convencido de que la revolución sexual había tenido lugar en su ausencia. Así que fingió un robo, huyó con el dinero y las drogas y con una pollita *hippie* con flores en el pelo hacia la paz y libertad del montañoso oeste, a Montana, cuyo nombre sonaba como una bendición en sus trémulos labios.

Sin embargo, cuando le di alcance, ya se había hartado de su sueño. Debería haberse alegrado de volver a casa. Lo invité a una copa y le expliqué las dos maneras, la dura y la fácil, de regresar a California. Se echó a llorar como un niño: era un hombre que se vaciaba de todo, por todas partes. Sorbía como un yonqui, tenía marcas de pinchazos supurantes de humedad en el pliegue de los codos, detrás de las rodillas, entre los dedos de los pies. Una variante revolucionaria de gonorrea había establecido una comuna en su tracto urinario de la que ninguna de las maravillas de la farmacopea moderna lograba desalojarlo.

Pero aún no se había vaciado del todo. Cuando intenté consolarlo con la noticia de que su esposa aún lo quería, no pensaba demandarlo y lo quería de vuelta en el hogar familiar, sacudió la cabeza, murmuró algo acerca de la maldición suplementaria que suponía su vejiga floja, alzó una ceja escamosa y señaló el servicio con un gesto.

Quizá si no le hubiese dado la vuelta al taburete para mirar de frente esa dichosa luz, podría haber oído los golpes sordos que procedían del cuarto de baño. Cinco minutos más tarde, cuando decidí que ni siquiera la más dolorosa de las meadas podía llevar tanto tiempo, fui a echar un

vistazo. Quería morir de verdad. Lo encontré de rodillas frente al urinario, colgando de su cinturón, tirando de la cinta de cuero. Esa vez sí que, por fin, se había vaciado del todo.

Casi veinte años después, me serví una saludable dosis de tequila Herradura mientras Hank Snow, el *ranger* cantante, empezaba a desgranar los acordes de *It don't hurt anymore*. Alcé mi copa hacia la luz otoñal. «Tampoco duele menos», dije, sin dirigirme a nadie en particular. Luego volví a alzar la copa, brindando por el hombre que hacía aguas.

De hecho, era culpa suya que yo siguiera ahí. Su mujer me había acosado a pleitos hasta forzarme a renunciar a California. Naturalmente, me vine aquí. El tequila me supo tan suave como la humeante luz del sol.

Cuando puse mi copa otra vez en la barra y eché un vistazo alrededor de mis dominios, me di cuenta de que Kathleen y Bill se las habían arreglado para tumbarse en la mesa de billar. Se retorcían como si fueran a liberarse de sus escayolas. Kathleen tenía todo un historial sobre esa mesa de billar.

—Maldita sea —exclamé, obligado a comportarme de forma civilizada—, ¿es que no podéis esperar a que oscurezca?

—Que te den, C. W. —dijo Kathleen con satisfacción mientras se tocaba la nariz.

Luego agarró a Bill por su escayola y lo llevó a remolque hasta el servicio de caballeros. Ya no me importaba. Pensé en seguirlos al baño, pero la mera idea de la cocaína hizo que se me aflojasen las rodillas y me doliesen los riñones. Tomé otro trago de tequila y me olvidé de ellos.

Me olvidé de ellos hasta que los vi salir furtivamente del retrete y dirigirse a la puerta de atrás sin molestarse en verter sus copas en vasos de plástico para llevar. Cuando entré al baño a echar un vistazo, encontré la taza del váter reducida a un montón de fragmentos de loza rodeados de agua espumosa. Cerré la llave de paso, y corrí hasta la calle, con